

HOMENAJE AL DR. HORACIO RIVAROLA

Por el académico DR. GERARDO ANCAROLA

Esta Academia ha decidido rendirles hoy homenaje a dos de sus más preclaros ex académicos titulares, los Dres. Isidoro Ruíz Moreno y Horacio Rivarola. El primero, nacido en 1905 hubiera cumplido noventa años; mientras que Rivarola hace ya veinticinco años que falleció.

Ambos tienen muchas cosas en común, no sólo por haber honrado los sillones que ocuparon en esta Corporación, sino también por su inteligencia, cultura, consagración a la docencia, conducta rectilínea, firmes convicciones democráticas y amor a la Patria. Pero además, y lo que entre nosotros no es habitual, son continuadores de apellidos ilustres que afortunadamente sus descendientes siguen enaltecendo.

Acabamos de escuchar la semblanza de Isidoro Ruiz Moreno. Nos referiremos ahora entonces a Horacio Rivarola. Nació en Mercedes, Provincia de Buenos Aires, el 15 de agosto de 1885, hijo de Rodolfo Rivarola, que allí por ese entonces se desempeñaba como juez, y de doña María Teresa Baudón.

Como todos sabemos, Rodolfo Rivarola -que a su vez había nacido en 1857- fue el último representante de la notable generación del ochenta. La que transformó -en sólo treinta años- esta Argentina extensa, despoblada y semi bárbara, en la más pujante, culta y progresista de las naciones latinoamericanas y una de las más desarrolladas del mundo. Y digo que Rodolfo Rivarola fue el último, porque falleció en 1942. También son conocidos sus aportes a las ciencias jurídicas, a la filosofía, a la

docencia universitaria y sobre todo, a la ciencia política, de la que se constituyó en su figura más representativa en la primera mitad de este siglo. Y no puede entonces extrañar que si Rodolfo Rivarola era poseedor de una cultura enciclopédica, esto influyera en Horacio, que también dueño de una inteligencia superior, la enriqueció con el estudio intenso de diversas disciplinas.

Fue así abogado y doctor en jurisprudencia, con títulos obtenidos en la Facultad de Derecho de la Universidad de Buenos Aires. Pero completa su formación en la Facultad de Filosofía y Letras, donde egresa con notas sobresalientes. Esa formación integral que tenía, hizo de él igualmente un hombre de vasta cultura. Por eso, y por otros aspectos de su vida que luego relataré, para mí prolongó el brillo hasta nuestros días de aquella generación del ochenta, a muchos de cuyos integrantes llegó a conocer personalmente, y cuyo influjo, por lo tanto -directa o indirectamente- recibió. Todos somos, al fin y al cabo, receptáculos de las ideas y de los comportamientos de las generaciones en las que estamos insertos.

Sería fatigoso que enumerara -sólo enumerara- su labor en el campo de la enseñanza donde brilló con luces propias; o los cargos que desempeñó; o la larga lista de instituciones culturales o de bien público que integró; o los libros, ensayos o artículos que escribió. Pero, aunque sea telegráficamente, corresponde consignar, como muestra de esa versatilidad cultural, que fue profesor de Psicología, Instrucción Cívica e Historia de América en el Colegio Nacional Mariano Moreno, cuando nuestra enseñanza secundaria tenía una jerarquía de la que, por distintos motivos, hoy carece. Fue, asimismo, profesor de Legislación escolar en la Escuela Normal de Profesores Mariano Acosta; de Historia y estado actual del Derecho argentino en la Facultad de Ciencias Jurídicas y Sociales de la Universidad de La Plata; de Metodología y legislación escolar en la Facultad de Filosofía y Letras de la UBA y de Derecho Romano en la Facultad de Derecho de la misma Universidad donde fue también su Decano entre 1936 y 1945.

Está entre los fundadores de esta Academia Nacional de Ciencias Morales y Políticas en 1938, de la que fue precisamente primer presidente su ilustre padre. Pero él también la dirigió desde 1964 hasta su muerte. Igualmente, estuvo entre los iniciadores de la Academia Nacional de Ciencias de Buenos Aires, que pre-

sidió entre 1960 y 1969. Y finalmente, ocupó un sillón en la Academia Nacional de Derecho.

Pero si bien he dicho que no fatigaría la atención de ustedes con su extensa actuación pública y producción intelectual, hay dos aspectos que son imposibles de soslayar. Uno, es que Horacio Rivarola -como se lo enseñaron los hombres de esa generación que, como diría Ortega, vio actuar "en su momento de reinado"- consideró a la *educación* como un tema prioritario en el desarrollo de una Nación. La educación era para ellos, la gran palanca para la transformación y el cambio. Así por ejemplo, ya en 1927, invitado por el Instituto Popular de Conferencias del diario "La Prensa" -que cuarenta años más tarde presidiera- estampó este pensamiento cuya vigencia impresiona:

"Se ha arraigado en mi espíritu el convencimiento de que el problema de la educación de las generaciones argentinas, es el problema político por excelencia, al cual deben subordinarse todos los demás. Las leyes electorales, los distintos problemas en materia cívica, tienen una absoluta dependencia respecto al estado de la educación... Porque -continuaba- sólo la educación forma a los pueblos, sólo la educación da carácter a sus resoluciones, sólo la educación, en definitiva, dirige de manera segura el rumbo de sus destinos".

Esa preocupación por la enseñanza lo llevó a desempeñar entre 1915 y 1916 el cargo de Subsecretario en el Ministerio de Justicia, Culto e Instrucción Pública, cuyo titular era, nada menos, Carlos Saavedra Lamas. Allí propuso para agilizar la enseñanza y despojarla de cierto enciclopedismo formalista, crear un ciclo intermedio -él la denominó "escuela intermedia"- con una propuesta profundamente innovadora. Colaboraron en la redacción de los programas y en la formación de sus contenidos, los más notables pedagogos de esa época: Víctor Mercante, Rodolfo Senet y Pascual Guaglianone.

El decreto de reforma de la enseñanza fue dictado el 1º de marzo de 1916. Pero ya estaba en marcha la primera elección presidencial con la aplicación de la Ley Sáenz Peña. Triunfaría entonces Hipólito Irigoyen y se produjo un gran cambio institucional que enervaría el plan de Rivarola de transformar a fondo la educación secundaria.

El otro aspecto de deseo recordar, es su inolvidable desempeño como Rector de la Universidad de Buenos Aires duran-

te el turbulento año de 1945. Porque no debemos olvidar que luego del golpe de Estado del 4 de junio de 1943, comenzó a gestarse en el país un proceso demagógico y populista que trastocaría los valores fundamentales que nos caracterizaron como Nación y que encontró a Horacio Rivarola -como a toda la intelectualidad y la juventud argentina- en una frontal, pero leal, oposición.

No puedo ahora pormenorizar los complejos, y hasta trágicos, acontecimientos que en los distintos ámbitos de la vida nacional, a partir de entonces, se sucedieron. Debemos recordar, por ejemplo, que en la enseñanza superior -producida aquella medida de fuerza- fueron intervenidas todas las universidades y se creó así un clima de violencia e intolerancia desconocido (huelgas, toma de facultades, exoneración de profesores, detención de estudiantes, etc., etc.). Pero por la presión de la ciudadanía democrática ese año se normalizaron provisoriamente las Altas Casas de Estudio. Fue así que en abril se eligió a Horacio Rivarola como Rector de la UBA. Desempeñó entonces ese cargo con un coraje civil y una dignidad académica ejemplares, frente a la prepotencia y a la soberbia de los que detentaban el poder.

Varios de los discursos que pronunció fueron memorables por la clara defensa de la autonomía de la universidad y los ideales republicanos. Lamento no poder transcribir alguno de sus párrafos. Pero quizás el momento culminante de su gestión fue cuando en una medida de increíble torpeza y con pretextos que no resistían el menor análisis, Horacio Rivarola fue detenido juntamente con una gran cantidad de profesores y alumnos de inequívoca trayectoria democrática. Pudo huir, pero prefirió afrontar la cárcel. Era la primera vez que a un Rector de la Universidad de Buenos Aires se lo detenía por motivos estrictamente políticos.

Lo que pasó después es bien conocido. La ola demagógica no pudo ser contenida. El populismo triunfó en los comicios de febrero de 1946 y como no podía ser de otra manera, dos meses más tarde era intervenida la Universidad. Horacio Rivarola renunció a sus cátedras, a las que recién volvería producida la Revolución Libertadora. El país se despeñaba, imparable, hacia la dictadura.

Ahora, por el cálido clima que se advierte en esta reunión y por la cantidad de familiares y amigos de Horacio Rivarola que están en esta sala, me voy a permitir -dejando de lado las formalidades de un discurso académico- usar un tono más intimista para relatar aspectos personales de mi relación con Horacio Rivarola, que mostrarán otras facetas de su personalidad y a mí me servirán para desandar muy afectuosos recuerdos.

Conocí a Horacio Rivarola en 1958, cuando yo era estudiante de abogacía y de una manera casual -¿quién dijo que el álea no juega a veces en la vida de los hombres?- cuando una amiga de mi madre, que era clienta del estudio Rivarola, me vio con el libro de Rodolfo Rivarola *El maestro José Manuel Estrada*. Me concertó entonces una entrevista con Horacio en su estudio de la calle Cangallo al cuatrocientos. Apenas me vio se dirigió a mí con gran calidez y me preguntó las razones por las que había leído el libro de su padre. Le manifesté entonces mi ya temprana admiración por José Manuel Estrada y lo mucho que me habían impresionado las tres conferencias que componen ese ensayo. Me regaló otro de los libros claves de Rodolfo Rivarola -*La Constitución Nacional y los principios de ética política*- y me dijo: “ahora deseo presentarle algunos de mis grandes amigos”, para ir mostrándome así los grandes clásicos que componían su nutrida biblioteca jurídica: Troplong, Marcadé, Aubry et Rau, etc. rematando el recorrido con esta frase: “sin una buena biblioteca, no se puede ser buen abogado”. Convinimos entonces en que yo concluiría mis estudios y luego volvería a visitarlo.

Una vez recibido, así lo hice. Pero esta vez me citó a su departamento de la avenida Santa Fe donde me volvió a mostrar su biblioteca, ésta de filosofía, historia, literatura. Había reconstruido, prácticamente, la biblioteca de su padre que, al morir, se dispersó.

Le dije entonces que era mi propósito hacer una tesis doctoral sobre las ideas políticas de Rodolfo Rivarola. La idea lo fascinó. El tenía una admiración, mejor dicho una devoción, notable por su padre. Se comprometió a facilitarme todos los documentos de Rodolfo Rivarola y me acompañó a un departamento que había alquilado en la calle Junín donde guardaba números sobrantes de las obras de “los Rivarola” -como le gustaba decir- y otra parte grande de su biblioteca. Así comencé a preparar mi tesis, que no pude redactar con rapidez porque al mismo tiempo

comenzaba mi carrera profesional y otras etapas de mi vida. Pero durante casi diez años, lo visité casi semanalmente y si bien me dedicaba a mi tarea específica de hurgar en el archivo y en la correspondencia de Rodolfo, a Horacio le gustaba comentar conmigo los sucesos del país. Pude entonces aquilatar su cultura y su carácter. Era dueño de un humor cáustico, volteriano. Pero a mí me gustaba escucharlo contar anécdotas de los grandes a los que había conocido. Esas cosas de la *petit histoire*, que tanto sirve para entender a los hombres y a los hechos. Todo eso en el contexto de la década del sesenta, en la que comenzó gobernando Arturo Frondizi y la terminó la llamada Revolución Argentina. Se sucedieron entonces golpes militares, intranquilidad social, huelgas, etc. Es decir un deterioro generalizado que él percibía y juzgaba con crudeza, pero con dolor argentino. Fue pues un lúcido testigo de la grandeza y de la decadencia nacional.

Mientras tanto, en febrero de 1970 ya había concluido mi tesis que titulé “Las ideas políticas de Rodolfo Rivarola”. Le llevé un ejemplar que recibió con indisimulada emoción. Pero ya estaba mortalmente enfermo. A fines de marzo, lo volví a visitar para anunciarle que el 19 de junio se había fijado la fecha para defender mi tesis y despedirme, pues haría un viaje de dos meses a Europa. El deterioro físico era aún más evidente, pero siempre de buen humor, acordamos encontrarnos a mi regreso. A muy pocos días de hacerlo, expuse en la Facultad, ante el Tribunal de Tesis, mi trabajo. Obtuve la calificación de “sobresaliente” y con la alegría del caso, luego del examen me dirigí a visitarlo, para informarle el resultado. Ya no podía levantarse, había perdido mucho peso y hablaba lentamente. Fue -y creo que, por el tenor de la conversación que mantuvimos, él lo advirtió- el encuentro postrero. Poco después, el 22 de julio, murió en medio del respeto y la consideración general.

Señoras y señores:

Desde que falleció Horacio Rivarola han transcurrido ya 25 años. En ese cuarto de siglo el mundo vivió las transformaciones más radicales de su historia. Y en nuestro país, pasó de todo: cuando agonizaba Horacio Rivarola fue secuestrado y luego asesinado el Gral. Pedro Eugenio Aramburu -por el que sentía gran admiración- con lo que comenzó formalmente la guerra subversiva y luego su respuesta, la represión; se sucedieron nuevos planes militares; se intentó una restauración institucional que sólo

fue una farsa; hubo una guerra increíble en el Atlántico Sur; sufrimos dos devastadores golpes hiperinflacionarios y luego de mil peripecias regresamos al goce de las libertades fundamentales. Pero hace sólo un año, nos destruyeron la venerable Constitución del 53.

Hemos tenido pues desde entonces grandes retrocesos y algunos avances. Pero faltaría a la sinceridad, si no denunciara lo que entiendo es un descenso intelectual de nuestras clases dirigentes y un preocupante deterioro de la ética pública, esa suerte de "relativismo moral" denunciado por las cabezas más lúcidas - desde el Papa Juan Pablo II a Solzenitzyn- que tiñe nuestra época de una lamentable realidad.

Sin embargo, tenemos derecho a la esperanza. El pesimismo que pueden trasuntar estos juicios, no significa que perdamos el optimismo en la acción. Porque la Argentina tiene todavía reservas como para recuperar el rumbo de grandeza que le había trazado la Historia. Y sobre todo tiene, como una suerte de "encaje de oro", sus grandes muertos, entre los que están precisamente los dos que hoy evocamos. Ellos son luz y ejemplo, en los que siempre podremos ver reflejado lo mejor para el país y lo mejor de la condición humana.